

las escuelas normales en el País Vasco, analiza la problemática fundamental en este territorio respecto al nombramiento y las oposiciones de los maestros, y la no menos importante referida a la relación, no precisamente amorosa, entre el magisterio vasco y el euskera. En definitiva, esta publicación que comentamos brinda una amplia y rica panorámica de una realidad plena de complejidades, huyendo de guiños fáciles y no buscando otra complicidad que la del trabajo científico serio.

IÑAKI ZABALETA

DELGADO, Buenaventura, (Coordinador): *Historia de la Educación en España y América*, Madrid, Fundación Santa María y Ediciones Morata, 3 vols., 1992, 1993, 1994.

Discutíamos algunos profesores universitarios, en cierta ocasión, sobre los contenidos de algunas disciplinas de Ciencias de la Educación, y acerca de los manuales, repertorios, antologías, monografías y artículos aconsejables para los estudiantes. Alguien zanjó la inquietud de la urgencia diciendo: «Si no disponemos de libros acabados, propongamos entre tanto buenos programas». Fue una solución. Pero seguíamos pensando en la visión de conjunto que podría proporcionar un buen manual universitario... con tal de no «canonizarlo».

La *Historia de la Educación en España y en América*, coordinada por Buenaventura Delgado, se construye sobre la amplia base de la contribución, de ciento diecisiete especialistas, nacionales y extranjeros —si he contado bien—. Historiadores de la Literatura, la Ciencia, la Filosofía, El Derecho, los Concilios, de la Iglesia Hispana, del Pensamiento, de la Política, la Economía, la Sociología, y de diferentes aspectos de la cultura, colaboran con historiadores especializados en aspectos nucleares de Historia de la Pedagogía.

La educación ha sido considerada holísticamente, con respeto para la complejidad interna de las realidades educacio-

nales. Esta base ha regido el tratamiento del pensamiento pedagógico, de la política educativa —no sólo docente— de la educación institucional, estamental, formal, así como de los fenómenos educativos extra institucionales, cada vez más abundantes en las culturas contemporáneas, pero siempre presentes y activos en todas ellas.

El estudioso agradecerá la atención prestada al tema de las fuentes. La Introducción a *Las Fuentes de la Historia de la Educación hispánica* con referencias a los principales archivos históricos nacionales es un trabajo de síntesis que despertará nuevas iniciativas a la investigación occidental. Abiertas a todo investigador, deberían tentar en primer término a los españoles. Junto a la rigurosa remisión a las fuentes propias de cada capítulo, o de cada apartado, siempre muy valiosas, no faltan las que rompen el paradigma aportando la riqueza de su peculiaridad lingüística. Entre otros, resulta emblemático, el denso trabajo sobre *La educación entre los hebreos*, que incorpora textos sobre la educación en las épocas bíblica, talmúdica, o de educación general entre los judíos —sin omitir la mención de un *Tratado de la educación medieval* (Aharon Ben Yosef m. 1293)— hasta una *Enciclopedia de la educación en hebreo* (Jerusalén 1964) con páginas dedicadas a los judíos españoles. Relacionadas estrechamente todas ellas con las tesis del autor, Luis Díez Merino, para quien el sistema de educación hebreo hispano sirve de pauta al judaísmo europeo, mientras la gran tradición del judaísmo español proporciona al judaísmo universal la segunda edad de oro de su literatura (siglos X-XII d. C.).

La cuidadosa atención a las fuentes y a la bibliografía hace de esta obra un acervo documental de obligada consulta para estudiosos de la educación.

Como bien sabemos, la realidad que reflejan las fuentes históricas no origina conocimiento científico, aunque se las someta a una crítica depuradora. La norma de «dejar hablar a las fuentes», si no se acompaña de la potencia constructiva de la interpretación, desemboca en un positivismo plano.

Para la *hermenéutica actual*, si un texto puede entenderse, será, en principio, inteligible para distintos lectores en circunstancias diversas. Un interesante capítulo de la *Historia de la Educación en España y América* ha «leído» textos clásicos de la literatura medieval desde un punto de vista formalmente pedagógico. Tal lectura supera la mera calificación de *literatura didáctica*, precisamente porque la enfoca, no desde su calidad literaria, sino desde su clara finalidad educativa que, en general, ponen de relieve los mismos autores. Interpretar un mismo texto desde la literatura o desde la pedagogía no supone actos idénticos, implica comprensiones diferentes. Bien entendido, que las distintas interpretaciones disfrutan de un espacio de afirmación, acotado por la posibilidad de llegar a un consenso sobre atribuciones de significado *intersubjetivamente idénticas*. La «desescolarización» de la Historia de la Pedagogía, que en este capítulo se lleva a cabo, descubre la eficiencia del método aplicado a obras cuya vigencia formadora aún es actual: «gran parte de lo que llamamos sabiduría popular procede de este origen».

Varios temas que «desde siempre» han formado parte de nuestra historia, alcanzan en esta obra un tratamiento sintético que, desde ahora, me atrevería a considerar clásico. Pienso en los que Batllori dedica a la *Ratio Studiorum* y a los primeros colegios de los jesuitas en España.

Las cuestiones estudiadas bajo las rúbricas de *Política educativa* y *La Iglesia y la educación* aportan una visión realista sobre aspectos del alcance social de la normativa jurídica y administrativa que, en adelante no será posible omitir.

Varios historiadores de la educación han sido poderosamente atraídos —entre los que me cuento— por la época de la Ilustración. Sus aportaciones han hecho posible el tratamiento de que esta obra se beneficia, así como la inclusión de autores e instituciones que hasta ahora sólo habían merecido estudios monográficos sueltos.

Entendemos, con todo, que la historiografía actual hubiese aconsejado una distinción cronológica y conceptual de lo que denominados *Primera Ilustración* y los franceses llaman *Primer Siglo XVIII*.

Destacamos la incorporación de problemáticas innovadoras, como la muy sugerente suscitada por las cuestiones relativas a *alfabetización y escolarización*. Son procesos desarrollados en «tiempos largos». Pertenecen, en buena parte, a épocas precensales que obligan a la consulta de fuentes notariales, fiscales o judiciales entre otras. El equilibrio con que el autor maneja las hipótesis de partida y matiza los resultados de las investigaciones parciales, incitan a profundizar en campo tan prometedor, valorando, al mismo tiempo, el interés de lo ya logrado.

La inclusión de nutridos capítulos sobre la educación desarrollada en *América y en Filipinas* durante los años de la presencia española constituye, sin duda, uno de los mejores aciertos de la obra.

Al otro lado del Atlántico, y en el Pacífico, España —superando las normas de colonización medievales y mediterráneas— inauguró un estilo nuevo que implicaba el trasvase de sangre, de religión y de cultura. En este contexto, la idea de educación resulta omnicomprendiva, y prácticamente indelimitable: desde que los discípulos se convierten en maestros de lenguas autóctonas, en el convictorio de Santiago de Tlatelolco, hasta la vigencia de la Constitución de Cádiz en la política docente de los libertadores. La peculiaridad de los acontecimientos en la vasta geografía ultramarina, a lo largo de casi cuatro siglos, hacen difícil la adaptación a las periodizaciones habituales del tiempo histórico. La obra que comentamos representa un esfuerzo significativo al dedicar cinco importantes capítulos a las trayectorias que la educación ha seguido en las diversas regiones del Nuevo Continente y en las Islas Filipinas. Es de justicia saludar la presencia, ciertamente obligada pero no tan frecuente como debiera, de la historia de la educación en Filipinas, y el acierto de confiarla a la excelente pluma del historiador Antonio Molina.

Cierta disparidad en el tratamiento de los temas americanos revela, no sólo los distintos niveles de investigación, sino los diferentes enfoques y criterios de los autores. Tal heterogeneidad traduce bien la dis-

paridad ideológica e historiográfica con que actualmente se abordan estos temas. En todo caso, queda a salvo la unidad deseable en obras de esta índole. Publicaciones como ésta, abren a los estudiosos el único camino válido para progresar en relaciones científicas interculturales: el conocimiento recíproco de resultados y de niveles de investigación, previos a una reflexión común. Pero de esto sabe más Buenaventura Delgado, que ha superado con éxito la coordinación de más de cien autores dispersos en tres continentes.

No puedo terminar estas breves notas, sin hacerme eco de la aparición en el mismo año de 1994, del segundo tomo de la *Historia de la educación en España*, de Alfonso Capitán Díaz. Obra que aguardábamos con esperanza, desde que conocimos el primer volumen (1991). Su aparición la ha confirmado con creces.

Ambas publicaciones ofrecen base objetiva para reconocer con satisfacción las amplias cotas de madurez que los estudios históricos de la educación están alcanzando entre nosotros.

ANGELES GALINO

ESCOLANO BENITO, Agustín (dir.): *Historia ilustrada del libro escolar en España. Del Antiguo Régimen a la Segunda República*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997, 650 pp.

El libro escolar ha merecido escasa atención por parte de los historiadores de la educación españoles, al menos hasta fechas muy recientes. Las investigaciones histórico-educativas se han ocupado tradicionalmente de analizar las ideas pedagógicas, las bases legales de las instituciones escolares y la difusión de la enseñanza en sus distintos niveles. Durante los últimos años ha emergido una nueva preocupación, el estudio del *currículum*, que, para bien o para mal, se nuclea en torno a los libros de texto, por lo que su análisis resulta indisoluble de estos. De ahí que, incluso antes de que se difundiese entre nosotros la necesidad de elaborar una «historia del

*currículum*», las investigaciones sobre la escuela considerasen, con más o menos extensión y profundidad, algunas de las principales dimensiones curriculares, como es el caso de los contenidos, canalizados fundamentalmente a través de los textos. Las investigaciones específicas sobre los libros escolares son, sin embargo, menos abundantes. En la década de los ochenta podemos citar, a título de ejemplo, los trabajos de Buenaventura Delgado o Jaume Trilla.

Este panorama experimenta un importante cambio en los años noventa. El libro escolar aparece ahora en un primer plano, como ponen de manifiesto las numerosas exposiciones sobre esta temática, acompañadas a veces de su correspondiente catálogo (*Recuerdos de un olvido. Los libros en que aprendimos*, 1997); su revalorización económica; las recreaciones literarias de los escenarios y prácticas escolares basadas en sus textos e imágenes, algunas de indudable éxito editorial (Andrés Sopena, *El Florido Pensil*; 1994; Luis Otero, *Al paso alegre de la paz*, 1996); los seminarios dedicados a su estudio, como el organizado recientemente por la UNED en el marco del proyecto MANES, o la sección que se les reservó en el último Coloquio de Historia de la Educación celebrado en Granada; los proyectos de investigación en marcha, entre los que podemos mencionar el del grupo de historiadores SPICAE, recientemente constituido; y las investigaciones ya realizadas y publicadas (Carmen Benso Calvo, *Controlar y distinguir. La enseñanza de la urbanidad en las escuelas del siglo XIX*, 1997).

El cambio operado se explica por la relevancia de estos materiales para los nuevos enfoques de la historia de la educación, pues los textos se perciben ahora, en palabras de Agustín Escolano, como «depósito de una *paideia*», «expresión del *ethos* social», y «registro de una *ratio* didáctica». Pero también es posible que se deba al interés que suscitan tales objetos en el público. Pierre Caspard afirmó hace unos diez años que «todo el mundo ha sido niño y escolar, y el conjunto constituido por los padres, madres, padres de alumnos, profesores, educadores, administradores y